

# LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Curioso recurso.—Las violetas, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADOS: Cuadro de crochet.—Puntilla de idem.—LAMINA: Figurin de niños, núm. 775.

## EDUCACION É INSTRUCCION.

### DEBERES GENERALES.



**S**OBRE lo que hemos manifestado de los deberes de las niñas, debemos añadir lo que consideramos les corresponde en la edad de diez á quince años, en que sin dejar de ser niñas, por decirlo así, tienen sin embargo otros deberes que cumplir, y poseen además, ó deben poseer, el conocimiento de ellos.

Importantísimas son sin duda las lecciones que su deber les enseña en los primeros años de la infancia, pero lo son aun mas, conforme se va acercando la niña á la juventud.

Al educar á la niñez religiosamente se la prepara de la mejor manera posible á seguir sus diversas vocaciones: inspirarla el amor de Dios tal como se ha revelado en su palabra y naturaleza; alentarla á expresar todos sus votos y deseos por la oracion; enseñarla á ver en Jesucristo el Dios hecho hombre, el amigo de los niños, su salvador, su apoyo, y el que obtiene para ella el perdón de las faltas de que se arrepiente; todo esto y algo mas ha debido ser, segun nuestro modo de ver, el objeto de los cuidados de la madre. Y cuando esta primera instruccion ha sido apoyada, estendida, variada en su aplicacion por un culto de familia ofrecido cada dia con sensibilidad, los niños no pueden menos de estar dispuestos á llenar sus diferentes deberes á medida que de ellos van teniendo conocimiento.

Esto es lo que hemos procurado hacer comprender á las niñas en sus primeros años, y esto es lo que exigimos ahora de ellas, estando en edad de cono-

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

cer lo que constituye su obligacion y de comprender asimismo cuánto les conviene cumplirla.

La niña de diez años ya no tiene los juegos que la de cinco; los desdeña, y desdeña igualmente lo que entonces anhelaba con pasion. Ahora busca á las niñas de su edad para los juegos y para la conversacion, porque todo se armoniza; y aunque pertenezca aun á la infancia la edad de diez años, para representarla en su totalidad, las mismas niñas tienen ya exigencias ó deseos que no son de la infancia, pues ya desean mas que se las prefiera en la casa, entre sus hermanos menores, y entre sus amigas. Estas aspiraciones tan naturales pueden ser nocivas si no son bien dirigidas, si se anhela para todo y por todo esa preferencia que puede convertirse en vanidad; y ya hemos dicho á las niñas lo feo de ese vicio.

Esta preferencia no han de solicitarla las niñas, sino merecerla, y para ello les basta con saber cumplir sus deberes. Si es en el colegio, con la aplicacion obtendrán el primer puesto: en la casa, entre la familia, con la obediencia y la bondad, y en la sociedad, entre sus amigas y compañeras, con la amabilidad, con la dulzura.

Si á esto se agrega el buen tacto, aunque falte un gran talento, de saber conducirse: si se estudia con aprovechamiento, si se aprende bien, se poseerá entonces ese criterio tan necesario para juzgar de todas las cosas que están al alcance de las niñas, y para juzgar con juicio, á fin de que lleven en sí los fallos la debida autoridad; pues no por ser niñas deben dejar de proceder con la debida medida en todo, lo cual no contribuye poco á su enaltecimiento.

La base de esta excelencia está en la niña que ama verdaderamente á su madre y la respeta, porque entonces la obedece siempre con celo, con alegría, por el solo placer de contentarla. Esto es desde luego una ventura inmensa: es una introduccion dichosa á las mas altas ideas del deber.

Como es necesario que estas ideas del deber se formen, el sentimiento de la obligacion que nos so-



mete en la tierra á obedecer á una autoridad sagrada, produce desde luego una constante docilidad. Pero para que sea sólida y esté bien arraigada, debe ser hija del convencimiento; de aquí el que lo que hacen las niñas por deber, lo ejecuten luego por convicción.

Si las madres deben ejercer siempre la autoridad que Dios les ha confiado, que es sagrada, y la que les concede la sociedad, que no lo es menos, las hijas tienen igualmente deberes sagrados que cumplir, y el dejar de hacerlo es dejar de cumplir con lo mas santo y digno que hay en el mundo. Por esto siendo sagrados los deberes, es imprescindible su cumplimiento, y no admite réplica ni contradicción, que darian una tristísima idea de la educación que se recibía y de lo que podía esperarse de tales niñas.

El sentimiento de un deber superior, la idea siempre presente de que se obedece á Dios al observar las leyes que la naturaleza ó un formal compromiso nos han impuesto, evita toda contradicción, y conserva en la mujer su dignidad en el seno de la obediencia. Y ¿cómo ejecutará esto la mujer si no lo hizo desde niña? Por eso lo que en los primeros años se aprende y se practica, se practica tambien despues por costumbre, y luego cuando se reflexiona, por convicción. ¡Feliz la mujer que no tenga que llorar tales faltas en la niñez! Arrojará si no muchas lágrimas y nunca tendrá consuelo.

A. PIRALA.

## LA ENTRADA EN EL MUNDO.

### XII.

*De Leonor á Adela.*

¿Será posible, Adela? desde hace dos dias me atormenta una horrible duda... ¿Será posible que él me engañe? qué convierta en juego y pasatiempo el amor que absorbe mi existencia?

¡Oh, no quiero creerlo, no, porque esta sola idea me asesina. Hé aquí el motivo de mi duda: escucha y juzga.

Antes de ayer, la tarde habia sido nublada, la noche cerró densa y tenebrosa. Cuando hubimos acabado de comer mi tio y yo nos sentamos delante de la chimenea. Era la primera vez que se encendía fuego en ella. Aquella llama vacilante, emblema fiel del invierno que se acercaba, nos sumió á ambos en una meditación triste y profunda.

—Si tú no tienes empeño en salir, me dijo mi tio bostezando, pasaremos la noche aquí.

En verdad que tenía empeño y mucho. Nos tocaba el abono en el teatro, y yo sabia que él me esperaba allí. Llevaba ademas oculta sobre mi seno una carta, escrita hacia ya muchos dias, y que jamás habia tenido ocasion de darle. Era la tercera que le dirigia, contestando á una suya llena de protestas tiernas y apasionadas.

Me preparaba, pues, á convencer á mi tio, demostrándole la necesidad de concurrir al teatro, cuando el criado entró anunciándonos una visita.

Era Leopoldo.

Hacia mucho tiempo que no venia á vernos, resentido por la tibieza con que yo acogia sus atenciones.

No podia llegar en peor ocasion, y la contrariedad que sentí al verle se aumentó al oírle decir, arrellánandose en una butaca.

—¡Qué bien se está al lado de la chimenea, porque sopla un airecillo poco grato! ¿Van Vds. á salir?

—No, dijo mi tio apresuradamente, no!

—Entonces les haré á Vds. compañía hasta las diez.

No puedes figurarte el despecho que se apoderó de mí: impotente para disimularlo, me senté en otra butaca y guardé durante largo tiempo un obstinado silencio.

Mi tio y Leopoldo hablaron de mil cosas. De repente, yo no sé como, la conversacion giró sobre las costumbres y sobre la educación de las mujeres.

—En verdad, dijo Leopoldo sonriendo, en verdad que nuestros antepasados eran demasiado rígidos, privando á la mujer de adornar su imaginacion con útiles conocimientos, tan indispensables para ponerse á la altura de su profundo y sábio compañero; pero cada cosa, por absurda que nos parezca, tiene su razon de ser, ó al menos de haber sido. Solo cuando destruimos las antiguas costumbres, que calificamos de pueriles y risibles, es cuando descubrimos la sombría laguna que dejan en pos de sí. Ciertamente que se mostraban muy absolutos queriendo que la mujer, parte de nuestro mismo sér, esencia de nuestra misma esencia, no supiese leer ni escribir; pero sin duda tuvieron en cuenta que la palabra escrita es el árbol del bien y del mal, que puede producir los mas santos, asi como los mas funestos resultados.

—Justo, justo! exclamó mi tio, recuerdo perfectamente la fábula de la abeja y el cínife: de una misma flor, la una saca miel, y el otro veneno para su aguijon; pero por esto en el dia, juntamente con el arte de leer y escribir, se educa el entendimiento de las jóvenes, para que puedan servirse de él con tino y con prudencia.

—El corazón de una niña no la tiene! exclamó vivamente Leopoldo. Ilustrad cuanto queráis su razon, siempre se sobrepondrá á ella el sentimiento. Y



si no, supóngase Vd. una niña de quince años, una jovencilla inocente, que oye por primera vez la dulce palabra del amor, que vé por primera vez condensarse y tomar cuerpo aquella imagen vaga que flotaba hacia tiempo delante de sus ojos, que siente por primera vez el eco de otros latidos responder á los latidos tumultuosos de su pecho. Al punto aquel sér encargado por la casualidad de realizar todas las promesas de su juventud, se reviste con los ropajes de oro de la ilusion, y queda convertido en un semídios. La jovencilla ama, y como el amor no puede existir sin una confianza absoluta, sin una abnegacion profunda, coge la pluma y traslada al papel sus sensaciones.

Pero ¡ay! que aquel momento decide de la reputacion, del porvenir de su vida! Desdichada de ella, si el traidor papel cae en manos de quien no lo merece! Desdichada de ella, si otros ojos que no sean los de la pasion verdadera descifran y comentan y prostituyen aquellos sagrados caracteres!

¡Entonces aquella carta impregnada de amor y de pureza se convierte en un padron de infamia y deshonor!

Soy hombre, y cien veces he presenciado este repugnante espectáculo. Figúrense Vds. ocho ó diez mozalvetes, cada uno de los cuales aspira á ser un D. Juan, sentados alrededor de una mesa de café, leyendo entre bocanadas de humo, al compás de ruidosas carcajadas y del ruido de las copas, aquellas confidencias de un corazon sencillo y amante, escritas á los pálidos reflejos de la luna, en medio del silencio de la noche. El sentido de aquellas palabras, llenas de candor y de fé se interpreta de mil distintos modos, se comenta cada una de sus frases, se tortura cada una de sus ideas, se rasga sin piedad el velo virginal que las envuelve, y se convierte en todo la aureola de virtud que algunos minutos antes brillaba en la frente de la inesperta niña! Ay, desdichada!

Y esto es cierto, Leonor, es cierto prosiguió volviéndose hacia mí. ¡Oh, cuántas, cuántas veces he visto encenderse con un billetito perfumado el bol para hacer el ponché, y celebrar con chacota y risotadas la estóica y tal vez finjida indiferencia del pérfido, del mal caballero, que sacrifica así los mas sagrados y puros sentimientos de su corazon, al triunfo de un amor propio ciego y miserable! ¡Oh, sí, muchas, muchas veces he presenciado con el alma destrozada este triste cuadro, y decia entre mí:

Si yo tuviese una hermana, una amiga, la suplicaria de rodillas que jamás, jamás, transmitiese al papel los arcanos de su alma, como no fuese para confiarlos al hombre bueno, honrado y generoso, que ya hubiese reclamado el derecho de ceñir á sus sienes la nupcial corona; y si ya lo hubiese hecho, la suplicaria de rodillas que rompiese mil y mil veces

la pluma antes de volverla á mojar en la negra tinta que puede caer cual borron sobre su frente.

Yo se lo suplicaria con todo el fervor de mi alma, y la diria ademas: por compasion ilustra á tus tier-nas compañeras sobre este punto trascendental, descúbreles el hórrido precipicio, cubierto de engañosas flores, en donde pueden hundir el pié y despeñarse, muéstrales el ejemplo de mil jóvenes modestas y virtuosas, que no han hallado esposo, que carecen de familia, merced á una primera é imprudente carta; mil esposas honradas, que lloran perdida la paz de su hogar doméstico; mil ancianas que en sus noches de insomnio y de amargura, ven todavia escritos en la pared aquellos caracteres que trazó su mano juvenil, y que acaso causaron la ruina ó la muerte de un padre, de un hermano, del hombre que pensaba conducir las al altar, y compartir con ellas su destino! ¡Oh, Leonor, haga Vd. comprender esta eterna verdad á sus jóvenes amigas, dígalas que procuren suplir con su buen juicio, la prevision de nuestros antepasados, y ya que saben leer al par que escribir, que jamás, jamás graben ni una sola letra sobre el papel acusador, sin meditar antes su sentido, sin preveer sus consecuencias!

La voz de Leopoldo al decir esto estaba estrañamente conmovida, y fijaba en mí sus miradas con una espresion á la vez dulce y penetrante.

El malestar que esperimenté desde el principio de su discurso se cambió en confusion.

Me abalancé á la chimenea para ocultar el rubor de mis mejillas, y finjé arreglar los tizones; pero mis manos trémulas no acertaban á sostener las tenazas.

Leopoldo me las quitó, é hizo lo que yo no habia acertado á hacer. Ambos estábamos inclinados sobre el hogar: nuestras cabezas se tocaban, nuestros cabellos se confundian.

—¿No es verdad, me dijo al oido, que á pesar de los últimos sucesos, Vd. continúa mirándome como á un amigo, como á un hermano, y que acepta de buen grado el consejo que la doy?

Solté un grito comprimido: toda la sangre afluyó á mi corazon, y me sentí próxima á desmayarme.

No habia ya lugar á dudas: mi secreto estaba descubierta, pero cómo? de qué modo? ¡Ah, qué á mí se dirigia aquella leccion amarga! ¡Ah, qué era yo la jovencilla inesperta, que habia presentado como tipo de su comparacion, la mujer amante burlada y escarnecida!

Me senté en la butaca sin poder apenas respirar, invocando á Dios para que me prestase fuerzas en aquel trance doloroso.

—Qué tienes? me preguntó mi tio.

—Sueño! se apresuró á decir Leopoldo... Es tarde, yo me retiro...

Se levantó, me estrechó la mano. Me la estrechó con fuerza y clavó sus ojos al cielo.



Yo permanecí anonadada en el sillón.

Mi tío salió á despedirle. Cuando oí de nuevo sus pasos que se acercaban, cual si despertase repentinamente de un profundo letargo, cogí la carta que guardaba en mi seno, y la arrojé al hogar!...

La ví despedir una llama azul, luego dorada. La ví caer y convertirse en ceniza....

Entonces lancé un grito, como si se hubiese truncado mi existencia, é incapaz de soportar las miradas de mi tío, me abalancé fuera de la estancia.

Corrí á encerrarme en mi cuarto. Contiguo á él hay un gabinetito, cuyo balcón sirve de puerta que comunica al jardín.

Por indicación mia, él ha alquilado un cuarto segundo, cuyas ventanas dan al mismo jardín, y allí permanece horas y horas atisbando mi presencia y hablándome con el lenguaje elocuente de los ojos.

En su ventana había luz, y sin embargo cerré las maderas del balcón. Han permanecido cerradas dos días, he permanecido dos días sin querer salir de casa....

Estaba loca de vergüenza y de dolor!...

Pero esta mañana mi tío me ha llamado al jardín para enseñarme un girasol que acababa de abrir su espléndida corola.

Por un movimiento que no pude dominar alcé los ojos hácia su ventana...

Él no estaba allí!... En su lugar había una jóven bella y de modales distinguidos. Yo no sabía que Carlos tuviese hermanas...

A medida que pasa el tiempo se van desvaneciendo mis temores; quizás fué mi conciencia la que tomó por una revelación las palabras de Leopoldo!...

¿Si Carlos tiene una hermana, puede engañar á otra jóven inocente como ella? Sin saber por qué esta idea me tranquiliza.

Dudo, pero espero!... Espero todavía!... ¡Oh, bendita sea la esperanza!...

ANGELA GRASSI.

## CLEMENCIA.

Continuacion.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Mad. Ogé se preguntó si había sido en efecto buena madre para su hija, sacándola de estas reflexiones el acento de Julio, que prosiguió con jovialidad.

—Ahora estoy convertido en un honrado industrial: he invertido toda mi herencia en montar una gran fábrica de tejidos que me da grandes resultados, á los que uniré en breve los que me rindan

otros proyectos. ¿Recordais á Carlos Blondeau? El muchacho mas travieso de la ciudad, pero que tiene como yo necesidad de ganar mucho dinero. Pues bien, ambos vamos á fundar una casa de giro con harta despecho de mi padre, que quisiera ser el primer negociante de la ciudad... pero esto es demasiado hablar de mí. ¿Estais tan contentas en París como parece estarlo Augusto?

¿Recordais alguna vez á los amigos antiguos y á la ciudad de C... donde fué tan sentida vuestra ausencia?

El tono frívolo y ligero con que eran pronunciadas estas frases atormentaba á Clemencia, que nunca había esperado hallarlo así. No era ya el tímido niño que lidiaba contra su amor; era el hombre que manejaba todos los recursos de su inteligencia para rodearse de mayor prestigio.

Mad. Ogé respondió vagamente á las preguntas que le dirigian, porque á la verdad no se encontraba tan satisfecha en París como en su antigua residencia. La campanilla se escuchó segunda vez, lo que hizo esclamar á Mad. Ogé:

—Dios mio! si recibiremos tertulia esta noche! saliendo de la sala por un instante.

En él, Julio contempló á la jóven en silencio, que parecia cada vez mas turbada. ¡Verse en presencia de aquel cuya querida imágen había evocado tantas veces! Retroceder en un instante dos años y encontrarse de nuevo al lado de Julio! Una nube cubria su vista; su mano temblaba, y si hubiera estado en pié no hubiese podido sostenerse.

—Vuestra habitacion es mas humilde que la de Augusto, dijo Julio con naturalidad: he hallado á vuestro hermano rodeado de esplendor, y temo que vuestras privaciones sostengan su ridículo lujo. Me ha referido mil fábulas inverosímiles, y aunque me asegura estar en vísperas de realizar millones, sospecho que está empeñado en arriesgados negocios.

¡Tambien lo temo yo! murmuró Clemencia.

—Vuestro hermano no es de los que saben ganar dinero, sino gastarlo, que es mucho mas fácil y mas cómodo. A nuestro humilde retiro ha llegado la noticia de que dabais lecciones de canto, y de que solo en vos ha consistido no debutar en el teatro de la Opera. ¿Estais resuelta á desdeñar siempre la fortuna?

El jóven parecia gozar en su confusion, y de repente variando de tono añadió con dulzura:

—Nadie sabe lo que sucederá mañana: si teneis necesidad de acudir á un amigo solicitando dinero, ó solicitando cualquier servicio, prometedme que ese amigo seré yo.

—Os lo prometo, murmuró la jóven, á tiempo que su madre penetraba de nuevo en la sala.

La conversacion giró de nuevo sobre los habitan-



tes de la ciudad de C... y sobre la familia de Julio, recordando todos los incidentes que á unos ú otros podían interesar. Las horas corrieron dulcemente, hasta que un reloj vecino, con su monótono eco, fijó la atención de todos.

—¡ Las doce ! exclamó Julio. Y yo que habia prometido á Augusto estar á las once en el café inglés.

—Cerca encontrareis carruajes ; pero ofrecedme que volvereis á vernos antes de partir, exclamó Madama Ogé.

Lo ofreció Julio, y despidiéndose con jovialidad, bajó lentamente los seis tramos de escalera: un cuarto de hora despues, entraba en un pequeño gabinete del café inglés, donde fué recibido con palmadas y bravos por una alegre reunion.

Al dia siguiente, Clemencia, envuelta en su humilde chal, y con el velo caido sobre el rostro, distinguió en una de las calles mas populosas de París un jóven que tenia gran semejanza con Julio, y llevaba del brazo á una de esas mujeres que parecen ataviarse para escitar las miradas de todo el mundo. La jóven vaciló un momento, y acabó por decir que se engañaba.

Aquella misma tarde, Augusto, hablando con su madre de su amigo Julio, exclamó con su natural volubilidad :

—Es un muchacho de provecho, y si no tiene las maneras, tiene la fortuna de un gran señor. Anoche nos ha pagado una magnífica cena, solo para él, Pommeraye y yo.... ¡ éramos seis !

—¡ Ah ! murmuró Clemencia, sintiendo rubor en su frente y pesar en el alma; no me habia engañado!

### XIII.

#### *Pérdidas de fortuna.*

Julio permaneció diez dias en París, y en ellos fué dos veces á visitar á Clemencia y á su madre, á la hora en que estaba seguro de hallar á la jóven: estas visitas fueron una viva imágen de la primera, sin que en ellas ocurriese mas de nuevo que la turbacion de ambos jóvenes, que se renovaba cada vez que se encontraban sus ojos: Julio se consideraba mas satisfecho en la humilde sala de Mad. Ogé, que en los magníficos salones de los cafés y restaurants adonde le llevaba Augusto, y de los que le escluian sus maneras provincianas; y si no iba con mas frecuencia á ver á sus amigas, era por sus muchas ocupaciones, que consistian, segun Augusto, en las que le proporcionaba una linda muchacha á quien él le habia presentado.

Clemencia luchaba contra la evidencia, y guardó en el fondo de su alma sus celos como habia guarda-

do su amor, y con aspecto indiferente habló con su madre y con su hermano de tan doloroso asunto, aclarando mas y mas sus sospechas las palabras epigramáticas de Augusto, y las no mas razonadas de su madre, que con tal de disculpar á su hijo, calificaba estos estravios de ligerezas propias de la edad.

Clemencia, arrastrada por su cariño, procuró dar crédito á estas frases de su madre, acabando por reconvenirse de la frialdad de Julio, que segun creia, era hija de la conducta reservada que ella habia observado.

Cuando fué Julio á despedirse no le manifestó ninguna frialdad, y oyó con gusto sus palabras en que le decia que no partia contento si le quitaban la esperanza de ver á sus amigos algun dia en su ciudad natal. Estrechó la mano de Mad. Ogé, y apenas se atrevió á tocar la de la jóven, pintándose en el rostro de ambos vivísima emocion. ¿ Por qué ese pequeño favor con tanta frecuencia concedido les produjo á ellos tal impresion? ¿ Por qué el contacto de sus manos les hizo estremecer, evocando todos sus sueños pasados? Tal es el misterio del amor: tal es el inmenso poder de ese divino sentimiento que transforma en promesas y esperanzas los mas pequeños favores.

Pasaron dias, semanas y meses, sin cambiar la situacion de nuestros personajes, ni ocurrir mas de particular que las cartas que Julio escribia á su amigo, y que éste, en honor de la verdad, no siempre podia enseñar á su hermana. La jóven continuaba su penosa vida, dando lecciones por el dia y abrigando sueños quiméricos por la noche, sueños que suelen ser el único resultado de una vida laboriosa, como si Dios en recompensa de nuestra virtud nos evitara contemplar la triste estrella que alumbra nuestra vida. El próximo verano le pasó Augusto en la quinta de Mr. de Pommeraye, segun dijo á su madre, aunque en realidad le pasó en uno de esos sitios frecuentados en los meses de calor por la sociedad de buen tono, entre la cual se hacia titular el baron de Ogé.

Este título le habia rebuscado en sus papeles de familia, gracias á la habilidad de su amigo Pommeraye, muy hábil para encontrar este género de noblezas.

Una tarde en que el calor era sofocante, y las sombras comenzaban ya á envolver á París, Clemencia y su madre sentadas junto á la ventana, por la cual penetraba un soplo de viento, contemplaban tristemente una nube tempestuosa que cubría fatídicamente el horizonte. En breve los relámpagos comenzaron á brillar, se oyeron truenos lejanos, y algunas gotas de agua principiaron á esmaltar las calles, á las que siguió una copiosa lluvia. Clemencia sacó la cabeza por la ventana para respirar el fresco del agua, mientras su madre exclamó :



—Entra, entra, y cierra esa ventana.

Iba á obedecer la jóven, cuando la campanilla agitada violentamente, la hizo correr hácia la puerta, y al abrirla dejó pasar una corriente de aire que cerró con estrépito la ventana rompiendo sus cristales. Mad. Ogé lanzó un grito de terror, al tiempo que la jóven decia con jovialidad:

—No temas, mamá, es mi hermano.

—Eres tú? llegas muy á tiempo, hijo querido, porque nos moríamos de miedo: Clemencia, enciende luz; ¿vienes mojado? continuó examinando las ropas de su hijo.

—No; he venido en carruaje, repuso éste.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

### CURIOSO RECURSO.

Hace unos treinta años que dos hermanos de oficio herreros dejaron la Irlanda, su país, para trasladarse á la Jamaica. Encontrándose al poco tiempo de su arribo con que nada podían hacer sin tener alguna cantidad para establecerse, pero que les bastaría al efecto la de sesenta á setenta libras esterlinas para su industria, y que con ello se pondrían en disposición de hacer negocio en poco tiempo, idearon el siguiente ingenioso recurso.

Uno de ellos se desnudó completamente, y el otro le pintó de negro de piés á cabeza. Hecho esto se dirigieron á un tratante en esclavos, el cual observando las atléticas formas del pintado pagó al blanco por él ochenta libras, quedando muy orgulloso de su compra, pues suponía haber adquirido uno de los mejores negros de la isla.

La misma noche tuvo ocasion el fingido negro de escaparse de la casa de su nuevo amo para ir á incorporarse con su hermano; se lavó perfectamente, y volvió á quedar en su primitivo estado.

El comprador repartió avisos ofreciendo hallazgo, y practicó muchas diligencias para encontrar su negro, pero todo fué en vano.

Los dos hermanos con el dinero adquirido empezaron á trabajar, y con tan buena suerte, que al cabo de pocos años se hallaron en disposición de volverse á Irlanda con un capital de algunos miles de libras. Sin embargo, antes de su partida de la isla buscaron al tratante en esclavos, de quien habían recibido el primer dinero, le recordaron el chasco del negro, y le pagaron el capital y los intereses.

### LAS VIOLETAS.

¿Quién no conoce á las violetas?

¿Quién no simpatiza con esas flores tan humildes, tan sencillas, tan suaves y olorosas?

Las violetas, como la virtud, como el verdadero mérito, huyen de la ostentacion, parece que se afanan por esconderse; gustan del retiro, de vivir, por decirlo así, en familia; su gala es la sencillez, su mision embalsamar el ambiente; contentase con poco, el rocío que baja del cielo, un soplo del aura, un suspiro de amor, las basta para ser felices.

Su mérito se adivina, se siente, se busca; mas ellas no hacen alarde, al contrario, parece que se avergüenzan, que huyen de las miradas de los hombres, y esa deliciosa modestia es el mas amable de sus atractivos.

El aroma que despiden las violetas es un perfume suave, que á todos agrada y á nadie marea. Todos le aspiran con deleite y sin peligro; no sucede así con otras flores, cuyo aroma es tan fuerte, que acaba por trastornar la cabeza.

Esto mismo sucede con las flores del talento; las hay muy brillantes, muy seductoras, su esencia es viva y penetrante, pero dañosa, y á veces mortífera.

Niñas, cuando busqueis algunos libros para vuestra instruccion y recreo, preferid aquellos que se parecen algo á las violetas.

Las violetas cuando pierden su frescura conservan la virtud medicinal, alivian nuestras dolencias. Una infusion de violetas calma la tos, facilita el sudor, y templá la sed y el ardor de la sangre. Así estas flores, despues que han perdido la belleza y el atractivo de la juventud, se asemejan á las personas dignas y amables, que hasta en sus postreros dias lucen, á pesar de la vejez, los atractivos de la bondad, esa perenne belleza del alma.

Amables flores: sois el emblema de la virtud, el símbolo de la modestia. ¡Plegue á Dios que todas sepamos imitar el ejemplo que nos dais! Guarden los hombres para sí las coronas de laurel, y ciñan las mujeres vuestras galas. En las cándidas sienes de una jóven amable nada sienta mejor que una guirnalda de violetas.

MICAELA DE SILVA.



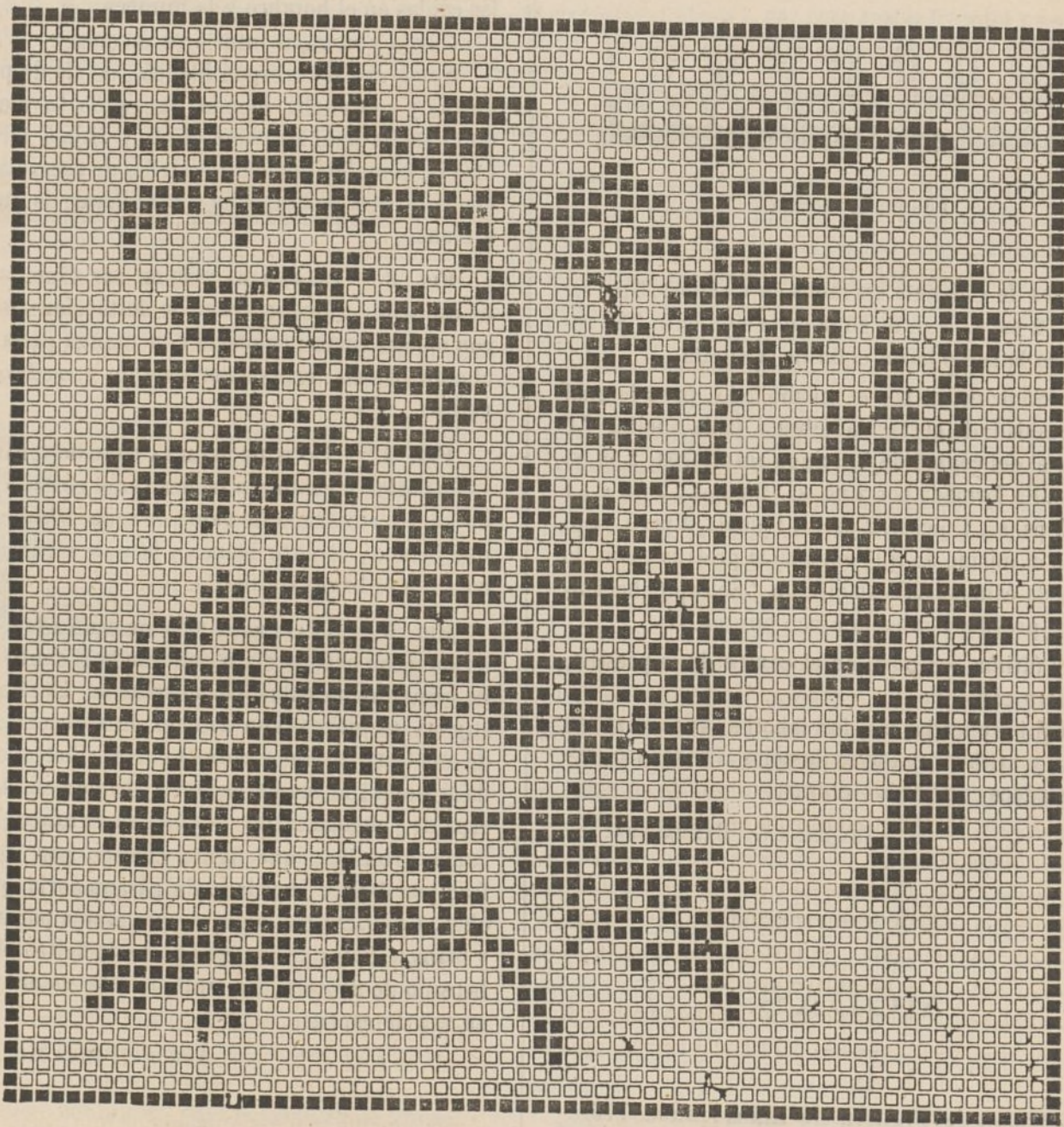


## LABORES.



El cuadro de *crochet* que ocupa el primer lugar en nuestro grabado, es una de esas labores que por sus infinitas aplicaciones llega siempre á tiempo á las manos de la joven laboriosa: antimacasares, cortina-

do, es harto conocida para que nos detengamos en detalles, conocidos de todas las damas, y consignados cien veces en las columnas de nuestro semanario; y solo recordaremos que no hay mas que seguir el di-

Cuadro de *crochet*.

jes, colchas, cubiertas de almohadon ó de banqueta, todo, desde los mas pequeños, hasta los objetos de mayor tamaño, pueden ejecutarse uniendo cuadros semejantes al que muestra el modelo, cuyos cuadros se enriquecerán si al unirlos se coloca entre ellos un entredos del mismo punto.

La ejecucion de estas labores de *crochet* cuadra-

bujo como se haria con cualquiera de cañamazo, copiando el cuadro mate con tres barras juntas, y sin mas que las de las orillas el cuadro calado. El algodón será mas ó menos fino, segun el objeto á que se destine la labor, advirtiéndose sin embargo que ganará la obra con el primero.

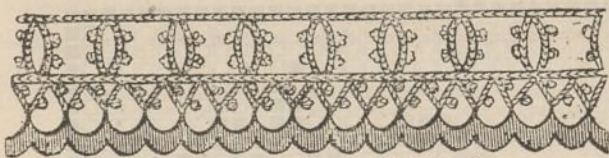
El segundo modelo es una puntilla, tambien de



*crochet*, útil para escotes de camisas, ropa de niños, etc. La combinación de la trencilla con el punto de *crochet* está dando los mejores resultados, y muestra de ello es la adjunta puntilla.

Ejecútase esta sobre trencilla serpentina ondulada, que figura el feston de la puntilla y se hace con algodón de Irlanda, núm. 140, lo que sigue:

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—1 p. doble en la primera onda, \* 2 ps. s., 1 picot (que como saben nuestras lectoras son



Puntilla de *crochet*.

dos puntos de cadeneta cerrados en círculo), 5 ps. s., 1 picot., 2 ps. s., 1 p. d. en la onda siguiente.\* Se repite desde la señal hasta el fin de la vuelta.

2.<sup>a</sup>—Se principia por el mismo lado, para lo cual hay necesidad de cortar la hebra á cada vuelta. \*1 p. d. en el del centro de los cinco anteriores, 2 ps. s. Una presilla formada por 2 ps. s., 1 picot., 2 ps. s., 1 picot., 5 ps. s., 1 picot., 2 ps. s., 1 picot., 2 ps. s., 1 p. doble en el mismo en que empezó la presilla, con lo cual queda ésta cerrada en círculo.\* Se repite haciendo entre presilla y presilla cinco puntos.

3.<sup>a</sup> y última.—1 p. d. en el centro de la presilla, 7 ps. entre cada uno.

He aquí esplicadas las dos labores que rivalizan en gusto y utilidad, y cuyos modelos de seguro sabrán agradecer nuestras lectoras.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

*Explicacion del Figurin de niños, núm. 775.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE NIÑA PARA LA PRIMERA COMUNION.—*Vestido* de muselina blanca, cubierta la falda por jaretas divididas por órdenes de tres, y terminada al canto por un volantito encañonado. *Cuerpo* alto, fruncido en el talle, y *cinturon* de glasé blanco con escarapela al costado y largos cabos flozantes: *manga* recta, un poco justa de abajo y adornada de valenciennes. *Velo* redondo de muselina cla-

rin con jareton, sostenido en la parte superior por un lazo blanco.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA (*pollita*) VESTIDA DE LARGO.—*Vestido* de glasé azul de falda lisa, terminada por una gruesa trenza de cordon de seda: *cuerpo* alto, de peto por delante y por detrás, prolongándose el costadillo en largas caídas sobre la falda adornadas al borde con cinta de terciopelo de picos y botones de azabache, y con fleco de azabache y seda en la parte inferior: *manga* recta con igual adorno que las caídas en el hombro y la muñeca.

*Cuello* y *mangas* interiores de encaje.

*Sombrero* de crespon blanco, de ala de pico por detrás y con ancha blonda figurando bavolet: una cinta ancha azul atraviesa el ala y baja á formar las bridas, completándole un rostrillo de escarolado azul con colgantes de azabache y carrilleras de tul céfiro y blanco.

FIG. 3.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑO DE DOS AÑOS.—*Vestido* de cachemir grana guarnecido de terciopelos negros con manga corta: *camiseta* con manga justa de cachemir blanco: *botas* color de ante y *medias* encarnadas.

FIG. 4.<sup>a</sup> TRAJE DE PRIMERA COMUNION, PARA NIÑO.—*Pantalon* y *chaqueta* tronzada del costado, de paño negro, ribeteado de galon de seda. *Chaleco* de piqué blanco, *corbata* blanca y lazo de muaré de igual color en el brazo izquierdo.

FIG. 5.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.—*Vestido* de glasé habana claro, adornada al canto la falda de una tira con patas hácia arriba de glasé grosella, sujetas las últimas con botones de azabache: *cuerpo* de escote cuadrado y *manga* corta, ribeteados de seda grosella; formando además abanico en el pecho, espalda y manga sargas de cuentas de azabache. *Cinturon* grosella, que figura chaleco por delante y fraq por detrás, bordado de pasamanería y azabaches. *Camiseta* con encaje, que asoma por el escote y manga. *Botas* grises. *Sombrero* de fieltro blanco ribeteado de grosella con cinta de este color y pájaro en vez de esprít.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.